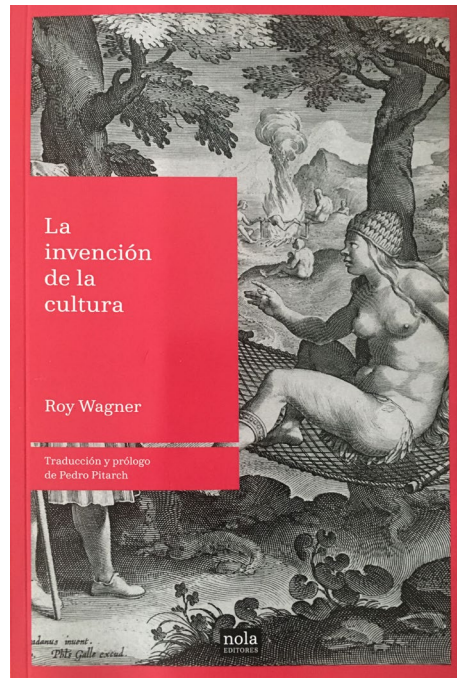


RESEÑA

LA REINVENCIÓN DE UNA LECTURA

Alessandro Questa

Universidad Iberoamericana
alessandro.questa@ibero.mx



Roy Wagner

2019 *La invención de la cultura*. Traducción y prólogo de Pedro Pitarch. Colección EntreGiros, Nola Editores, Madrid.

Cuarenta y cinco años después de su primera edición en 1975, *La invención de la cultura* de Roy Wagner, uno de los libros de referencia para entender la antropología contemporánea, puede ser por fin leído en castellano.

En un mundo en donde la academia se asocia casi automáticamente con la lengua inglesa, por ser en la que se produce y, sobre todo, se traduce mucha más literatura especializada que en cualquier otra, es muy difícil distinguir qué libros merecen ser traducidos para poder alcanzar a más lectores. Gracias a la editorial Nola y, especialmente, a la visión y meticulosa traducción de Pedro Pitarch, tenemos en nuestras manos una obra que, sin duda, merece ser leída en español tanto por su valor analítico como por la calidad de la edición. Con ello aplaudo una excelente traducción, fiel al

pensamiento y motivaciones de Wagner, al mismo tiempo que, como estudiante perenne de antropología, agradezco enormemente la posibilidad no solo de leer sino de poder también enseñar este título a mis estudiantes en nuestra lengua materna.

“Yo quería escribir un libro de texto sobre la cultura”, me comentó Roy Wagner alguna vez cuando le pregunté cómo había dado con escribir *The Invention of Culture* (su título original en inglés). Posiblemente ni siquiera él mismo esperaba que en su librito de 158 páginas serían escritas algunas de las ideas más influyentes en la teoría antropológica de las últimas tres décadas y una de las fuentes principales de reflexión para el llamado giro ontológico según Marilyn Strathern, Eduardo Viveiros de Castro, Aparecida Vilaça, Phillipe Descola, Martin Holbraad y Morten Pedersen, por citar algunos.

The Invention of Culture (*TloC* en adelante) fue el tercer libro de Wagner tras *The Curse of Souw* (1967) y *Habu: the invention of meaning in Daribi religion* (1972), libros que a la fecha no han sido traducidos al español. Curiosamente, con excepción de los melanesistas, entre quienes generó casi inmediatamente tanto críticas como reacciones de aprobación, *TloC* no fue tan bien recibido por el gremio durante los primeros años tras su publicación. Fue considerado por muchos como un libro interesante pero complejo, un tanto críptico y, en cierto sentido, chocante. En efecto, *TloC* era una obra que prescindía, mediante su estilo ensayístico y sus digresiones, de la formalidad que los debates académicos en la disciplina tenían en aquella época.

TloC fue, además, el primer libro que Wagner escribió alejándose de la etnografía tradicional. Sus dos obras anteriores, de corte culturalista, le habían otorgado un lugar entre los melanesistas al tratar sobre temas como mitos de creación, sistemas de parentesco y ritualidad. En realidad, Roy, según él mismo contaba, escribió *TloC* intentando lidiar con el choque cultural que había experimentado durante sus años de trabajo de campo entre los daribi de Papúa Nueva Guinea.

El limitado éxito editorial de *TloC* tiene que ver con el contexto de la antropología en ese momento. Una era en la que la “teoría francesa” continuaba dominando el espectro del pensamiento antropológico mediante el estructuralismo, liderado por Lévi-Strauss y sus estudiantes, aunque con otras voces como las de Louis Dumont o Maurice Godelier, las influencias de Baudrillard, Pierre Jean Bourdieu y Michel Foucault u otras presencias emergentes (como Lyotard, Augé, Deleuze). Todos ellos vertían ideas que se encontraban en algún lugar entre el llamado transaccionalismo británico y el post-estructuralismo francés. En Estados Unidos, mientras tanto, George Marcus y James Clifford, siguiendo a Clifford Geertz, cuestionaban seriamente la capacidad de la antropología para comprender otras sociedades distintas a las del investigador e iniciaban los estudios críticos de la cultura hacia una antropología libre de sus ataduras coloniales y practicada como una escritura de descripción densa. Era también la época de la emergencia del giro postcolonial con autores revalorados (principalmente F. Fanon) por Edward Said, Gayatri Spivak, Stanley Tambiah y muchos otros. En todos estos casos había una exaltación común: entender la modernidad.

Si a Bourdieu le preocupaban las relaciones de clase y el papel del individuo en la sociedad moderna, a Foucault le ocupaba la dimensión del poder del Estado en el cuerpo, mientras que a los postcoloniales y transaccionalistas les interesaba observar críticamente las relaciones entre las llamadas poblaciones subalternas periféricas con los denominados centros coloniales o metropolitanos. A los norteamericanos, por su parte, les preocupaban cada vez más las implicaciones acumuladas que había traído consigo la antropología acerca de la modernidad, la escritura y la reflexividad.

Lévi-Strauss, entretanto, continuaba ocupado con eso que llamaba el “espíritu humano” y su capacidad cognitiva y estructural.

A contrapelo de los casos anteriores, con excepción de Lévi-Strauss probablemente, a Wagner le interesaba algo aparentemente menos polémico: el problema de la creatividad humana y su maleabilidad simbólica, esa enorme capacidad presente en todas las sociedades –particularmente evidente en aquellas llamadas no occidentales– para crear órdenes y casi inmediatamente invertirlos, obviarlos o reinstaurarlos en otra forma mediante expresiones materiales, institucionales, religiosas, productivas o políticas. Wagner estaba enfocado en entender los contornos de nuestra contradictoria imaginación. A partir de entonces, libro y autor gozaron de una fama agrídulce. Si, por un lado, en Inglaterra y después Brasil, *TloC* comenzó a encontrar nuevos lectores e interpretaciones, en EU se le consideraba “un clásico” que en realidad casi nadie leía o asignaba en sus clases, mientras que a Roy Wagner, por su personalidad excéntrica, se le tachó de “profesor chiflado”.

La primera vez que leí *TloC* –unas fotocopias de algún capítulo y la introducción, probablemente– sería tal vez 1995 y estudiaba etnología en la ENAH. De aquella primera lectura logré entender poco más que el título y, quizá, atisbar su primera intención: problematizar la idea de cultura como un artefacto de la antropología. Quiero imaginar que entendí que una y la otra confluyen y se co-inventan, por lo menos en términos académicos. La cultura es, pues, esa cosa que la antropología no sólo estudia, sino que produce para poder explicarse a sí misma. A estas cosas las llamamos recursividad.

La segunda vez que fui expuesto a *TloC* fue durante mi maestría en antropología en la UNAM. En aquella segunda lectura, me emocionó el argumento de la antropología como algo que se construye simultáneamente por todos los pueblos y que la antropología, como el lenguaje mismo, es una capacidad humana “universal”. Explosión. Me fascinó también la idea de que la cultura se produce en contextos de “choque cultural”. Pero, más allá de esta aparente tautología, la idea es que la cultura no precede a las relaciones entre personas de distintas raigambres, sino que emerge a la par, diríamos, entreverada junto con esos encuentros y esas relaciones. Así, la antropología es necesariamente etnográfica y se torna en una suerte de técnica especializada para crear y estudiar estos encuentros. Una disciplina de choque. La de Wagner es una antropología de fronteras en expansión, de contradicciones constantes y, sobre todo, de verdadera provocación a cualquier opción de ordenamiento racionalista. Como ninguna de las otras antropologías, la de Wagner me resultó, desde entonces, abiertamente subversiva.

Mis subsecuentes lecturas de *TloC* sucedieron durante mi doctorado en la Universidad de Virginia, en EU, en donde enseñaba el mismo Roy Wagner, quien fue parte de mi comité doctoral, mi mentor en temas de teoría etnográfica y, con el tiempo, mi querido amigo. Fue entonces que entendí algunos argumentos más complejos en la obra, por ejemplo, cómo las relaciones que establecemos con nuestros interlocutores los hacen automáticamente co-autores o, en términos de Wagner, co-inventores de esos textos que inversamente llamamos “nuestros estudios” sobre “su cultura”. Y no sólo eso, sino que “nuestras” obviaciones, es decir, nuestro análisis, es en cierto sentido inventado por los conceptos de otros.

La última lectura completa que hice de *TloC* fue cuando me llevé mi copia a la sierra, junto con un par de novelas de ciencia ficción, durante mi trabajo de campo doctoral. En aquella etapa, encontraba a la gran mayoría de los textos académicos fríos y mercenarios,

hiperbólicos y redundantes. Con *TloC* en cambio, me encontraba siempre con las ideas de alguien fascinado por los mundos de los demás y por su propia participación en ellos. Aquellas lecturas en campo fueron clave en mi investigación y me ayudaron a pensar cómo las imágenes y las expresiones acústicas o musicales son conceptos holográficos y que éstos no tienen necesariamente que ser entendidos de la misma forma por sus creadores. Lo que observaba en campo no eran estructuras “tradicionales” sino, efectivamente, dialécticas nativas en constante tensión.

Si la cultura es una invención antropológica, entonces la antropología se puede reinventar desde la terapéutica, la danza, el trabajo agrícola o el deporte, pues casi cualquier actividad humana medianamente organizada contiene ya especulaciones clave en torno a relaciones potenciales, las semejanzas posibles, el carácter o intención de otros, así como su próxima obviación o contradicción. En efecto, toda organización en la que podamos pensar ahora inventa conjeturas sobre sí misma y sobre quienes la ejecutan, imaginándose como su propia audiencia, sus mismos enemigos, su comida, sus futuros descendientes, o sus antepasados. En otras palabras, no hay antropologías nativas sino distintas antropologías en las antropologías nativas.

A caballo entre la filosofía alemana, el estructuralismo francés, la etnografía empirista inglesa, y la reflexividad norteamericana, la irreverente antropología de Roy Wagner es disruptiva, especialmente para quienes buscan en ella respuestas claras, conceptos definidos y, sobre todo, para quienes piensan que una teoría debe ser siempre un programa. O, en palabras de Wagner, “para quienes confunden la música con la partitura”. Algunos críticos de Wagner le demandan al autor un mayor compromiso para con eso que solemnemente llaman “la realidad”. Otros, decepcionados, menean la cabeza ante la “oportunidad perdida” de Wagner al no construir una teoría arquitectónica y hacerse de más seguidores.

Con *TloC* comienza una ruta que perduraría en el resto de la obra de Roy Wagner: una antropología de la antropología, en donde la inceptión de este tipo de reflexión, más que atribuir roles entre víctimas y victimarios, expone nuestras contradicciones y posibilidades analíticas y, especialmente, el gusto por todo ello.

Mi futura lectura no será ya de mi tantas veces subrayada copia de *The Invention of Culture* sino de la flamante edición de Nola de *La invención de la cultura*, en español, y me pregunto a qué nuevos vericuetos me llevará ahora. Como cualquier otro clásico, este libro se reinventa en cada lectura.